



La resurrección de la pequeña Wang Tai

Una caravana de vagones de circo, serpenteando por un camino polvoriento en el Valle de Santa Clara, avanzaba lentamente bajo el calor abrasador de un sol de julio. El polvo se levantaba en nubes sobre los vistosos vagones del zoo. Las puertas exteriores de las jaulas se habían abierto para permitir el acceso de aire a los animales jadeantes, pero con el aire llegaba el polvo, y el polvo molestaba mucho a Rómulo. Nunca antes había anhelado la libertad con tanta intensidad. Desde que recordaba había estado en una jaula como esta; así había sido durante toda su niñez y juventud. No quedaba en su memoria rastro de días en los que hubiera sido libre. No existía ni el más tenue recuerdo del tiempo en que pudo haber columpiado entre las ramas de las selvas ecuatoriales. Para él la vida era desolación y desesperación, y la intensidad de todo ello se agudizaba por las nubes de polvo que se colaban por la puerta enrejada.

Rómulo, por lo tanto, buscó la manera de escapar. Ágil, diestro, de vista aguda, encontró un punto débil en su prisión, lo abrió y saltó a la carretera, un simio antropoide libre. Ninguno de los conductores somnolientos y fatigados notó su huida, y una adecuada cautela le hizo buscar seguridad bajo un arbusto al borde del camino hasta que la procesión hubo pasado. Entonces, el mundo entero se extendió ante él.





Su libertad era inmensa y dulce, pero, por un tiempo, desconcertante. Un salto casi instintivo para agarrar la barra del trapecio que colgaba en su jaula solo puso sus manos en contacto con el aire. Esto lo confundió y lo asustó un poco. El mundo parecía mucho más vasto y brillante, ya que las barras negras de su prisión no rayaban su visión. Y entonces, para su asombro, en lugar del sucio techo de su jaula apareció una vasta e imponente extensión de cielo azul, cuya tremenda profundidad y distancia lo aterrorizaron.

El correteo de una ardilla terrestre buscando su madriguera pronto captó su atención, y observó al pequeño animal con gran curiosidad. Luego corrió a la madriguera e hirió sus pies en los afilados rastrojos de trigo. Esto lo hizo más cauto. Al no encontrar a la ardilla, miró a su alrededor y descubrió dos búhos sentados en un pequeño montículo no muy lejos. Su solemne mirada fija en él le inspiró temor, pero su curiosidad no le permitió renunciar a una visita más cercana. Se acercó cautelosamente; luego se detuvo, se sentó e hizo muecas grotescas. Esto no tuvo efecto. Se rascó la cabeza y reflexionó. Luego hizo un amago como si fuera a abalanzarse sobre ellos, y volaron. Rómulo los miró con el mayor asombro, pues nunca antes había visto nada deslizarse por el aire. Pero el mundo era tan ancho y la libertad tan grande que seguramente todo ser libre debería volar; así que Rómulo saltó al aire e hizo movimientos con los brazos similares a los que los búhos habían hecho con sus alas; y la primera gran decepción que le trajo su libertad llegó cuando se encontró despatarrado en el campo.

Su mente despierta buscó otro ejercicio. A cierta distancia había una casa, y en la puerta principal estaba un





hombre, y Rómulo sabía que el hombre era la más vil y cruel de todas las criaturas vivientes y el capataz sin conciencia de los seres más débiles. Así que Rómulo evitó la casa y se lanzó a través de los campos. De pronto se encontró con algo muy grande que lo llenó de asombro. Era un roble, y los pájaros cantaban en su follaje. Pero su persistente curiosidad puso freno a sus miedos, y se acercó más y más. El aspecto bondadoso del árbol, la dulzura de la sombra que proyectaba, la frescura de las profundidades de su follaje, el suave balanceo de las ramas en el tierno viento del norte, todo lo invitaba a acercarse. Lo hizo, hasta que llegó al viejo tronco nudoso, y luego saltó a las ramas y se llenó de deleite. Los pajaritos huyeron. Rómulo se sentó en una rama, y luego se tendió a lo largo de ella y disfrutó de la paz y el confort del momento. Pero era un simio y tenía que estar ocupado, así que corrió a las ramas más pequeñas y las sacudió a la manera de sus padres antes que él.

Explotados todos estos placeres, Rómulo se dejó caer al suelo y comenzó a explorar el mundo de nuevo; pero el mundo era vasto y su soledad lo oprimía. Pronto vio un perro y se dirigió rápidamente hacia él. El perro, al ver acercarse a la extraña criatura, trató de asustarla ladrando; pero Rómulo había visto animales similares antes y había oído sonidos parecidos; no podía asustarse por ellos. Se acercó audazmente al perro mediante largos saltos a cuatro patas. El perro, aterrorizado por la criatura de aspecto extraño, se escapó aullando y dejó a Rómulo con la libertad y el mundo de nuevo.

Rómulo siguió por los campos, cruzando un camino de vez en cuando, y manteniéndose alejado de todos

